junta ó la regencia mandará á nombre de la nación, mientras se resuelva *la testa que debe coronarse.*

Noveno: Será sostenido este gobierno por el ejército de las *Tres Garantías.*

Décimo: Las Cortes resolverán si ha de continuar esta junta, ó constituirse una regencia mientras llega el emperador.

Once: Trabajará luego que se unan la constitución del Imperio Mexicano.

Doce: Todos los habitantes de él, sin otra distinción que sus méritos y virtudes, son ciudadanos idóneos para optar cualquier empleo.

Trece: Las personas y propiedades serán respetadas y protejidas.

Catorce: *El clero secular y regular, conservado en todos sus fueros y propiedades.*

Quince: Todos los ramos del estado y empleados públicos, subsisten como en el día, y solo serán removidos los que se opongan á este plan, y sustituidos por los que más se distingan por su virtud y adhesión y mérito.

Diez y seis: Se formará un ejército protector que se denominará de las « Tres Garantías, » y que se sacrificará del primero al último de sus individuos, antes que sufrir la más ligera infracción de ellas.

Diez y siete: Este ejército observará á la letra la ordenanza, y sus jefes y oficialidad continuarán en el pie en que están, con la espectativa no obstante á sus empleos vacantes, y á los que se estimen de necesidad ó conveniencia.

Diez y ocho: Las tropas de que se componga se considerarán como de línea, y lo mismo las que abracen luego este plan; las que lo defiendan y los paisanos que quieran alistarse, se mirarán como milicia nacional, y el arreglo y forma de todos, lo dictarán las Cortes.

Diez y nueve: Los empleos se darán en virtud de informes de los respectivos jefes, y á nombre de la nación provisionalmente.

Veinte: Interin se reunen las Cortes, se procederá en los delitos con total arreglo á la Constitución Española.

Veintiuno: En el de conspiración contra la independencia, se procederá á prisión, sin pasar á otra cosa hasta que las Cortes dicten la pena correspondiente al mayor de los delitos despues del de *Lesa Magestad Divina.*

Veinte y dos: Se vigilará sobre los que intentaren sembrar la división, se reputarán como conspiradores contra la independencia.

Veinte y tres: Como las Cortes que se han de formar son constituyentes, deben ser elejidos los diputados bajo este concepto: la Junta determinará las reglas y el tiempo necesario para el efecto.

He aquí el ridículo aborto que debía proclamarse en Iguala.

—Nada tenemos que añadir dijo Iturbide, el *clero* y el *ejército* obedecen como hasta aquí á Su Magestad Fernando VII.

—Nombraremos, agregó el Jesuita, al Virrey presidente de la junta, vocales al oidor Bataller, al Cura del Sagrario, y á otros representantes del clero.

Iturbide guardó silencio.

—El nombramiento de usted señor coronel para la comandancia del Sur corre de nuestra cuenta: reunirá usted el mayor número de tropa que le fuere posible, y cuando se encuentre fuerte, batirá al general Guerrero, que será fácil esterminarle; dueño de la situación, proclamará usted el plan en la Ciudad de Iguala, que nosotros haremos secundar en todo el reino.

—Cuenten ustedes con mi adhensión, contestó Iturbide.

—Vaya usted ahora á la junta, nada diga usted del plan, hable en lo general, que mañana quedará estendido el nombramiento para que marche usted á comenzar esa obra tan meditada por nosotros desde que la herejía y el cisma han asomado su infernal cabeza en la Metrópoli.

Despidióse Iturbide de los jesuitas, y marchó en seguida á la reunión masónica, donde fué recibibo como el oráculo de la revolución.

IV.

El día 9 de Noviembre de 1820, Don Agustin de Iturbide fué nombrado por el Virrey don Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, Comandante general del Sur y rumbo de Acapulco.

CAPITULO VIII.

Donde siguen los acontecimientos de esta verídica historia

I.

Jacinto Castaños, á quien la suerte favorecía, en los lances más desgraciados, se propuso dar un terrible desengaño á la pobre loca, llevándole á la cueva donde había encadenanado á Edmundo Fonterravía.

Caminaba la joven y el descendiente de Tizoc como los génios malditos de la montaña.

María extraviada completamente, y el capitán con el rostro sombrío como el de los sentenciados.

Atravesaban senderos y quebraduras estropeando sus plantas en las rocas astilladas, y á veces deteniéndose fatigados à la sombra de los árboles gigantes de la sierra.

Al dar vuelta á un sendero que caía sobre una pendiente de rocas que amenazaban desplomarse, levantaron simultáneamente el vuelo una parvada de aves de rapiña.

—Hemos llegado, dijo Castaños, no hay más que penetrar en esa cueva.

María se echó á correr, mientras que Jacinto trepaba por las piedras para contemplar desde lo alto de los picos aquella escena.

Atado á una roca, estaba un esqueleto revestido en algunas partes de carne hedionda.

Las órbitas las tenia vaciadas, y la fuerza del hierro de la cadena había desprendido una pierna.

Edmundo Fonterravía había muerto de hambre, desesperado de no poder quebrantar sus ligaduras, y abandonado en lo profundo de aquellas soledades.

La loca contempló por algunos instantes aquel espectáculo espan-

toso; vió palpablemente á la luz misteriosa de su alma, la imagen de su esposo, y se arrojó demente sobre el esqueleto.

Al abrazar la hosamenta, se desprendió el cráneo y rodó por el suelo.

Jacinto lanzó una espantosa carcajada, que la loca ni aún escuchó.

La jóven tomó con sus manos la cabeza yerta de su amante, fijó su tenaz mirada en aquellos ojos sin luz, y exclamó con la voz del alma:

—¡Aquí... aquí estás junto á mi... cuanta felicidad... mi amor te dará el calor que la muerte te ha arrebatado... sé que no existes para el mundo, pero vives para mi corazón... me parece sentir ese aliento que me abrasaba en las horas dulcísimas de nuestro amor....

A este recuerdo se agolpó un mar de llanto á los ojos de la joven, amenazando ahogarla.

—Dios me había avisado de tu muerte.... Dios que todo lo vé sobre la tierra.... ¡pobre de mí!... ¡pobre de mí!

Aquel momento de lucidez pasó como una exhalación, porque las ideas de María volvieron á trastornarse.

—¡Habla! gritó con voz de trueno, habla, ese silencio es espantoso!... ya comienzo á escuchar tu acento.... me preguntas porqué no he muerto todavía! vivo, sí, vivo para llorarte.... ¿qué se hizo la tersura de tu frente y el perfume de tu cabello?... reclínate en mi regazo como antes.... ¡háblame de nuestro amor!...

Aquella criatura infortunada pasó sus ardientes lábios por el cráneo holado de su esposo y los retiró instantáneamente bajo impresión tan terrible.

—¡Muerto! ¡muerto! exclamó palideciendo como si la sangre toda se le hubiese consumido.

Quiso llorar, arrancar con sus lágrimas aquel dolor que la martirizaba; pero las lágrimas no vinieron á sus pupilas: entónces comenzó á dar alaridos que se eschuchaban como si saliesen del fondo de la tierra.

Después apoyó su frente contra las húmedas piedras de la gruta, y quedó absorta en el mundo inquieto y perdido de sus ideas extraviadas.

Pasó una hora larga en aquella rígida situación, cuando escuchó ruido de voces en el sendero.

Levantóse instantáneamente, y salió al encuentro de una pequeña caravana que atravezaba por sus laderas.

II.

Alfonso de Piedra-Santa y Luz habían vivido en Chichihualco desde el desaparecimiento de María y su entrada al convento de Santa Brígida.

Dios había concedido á su amor un precioso niño, objeto de las más dulces solicitudes; se llamaba Edmundo.

Piedra-Santa había puesto ese nombre á su hijo, en memoria de su amigo Fonterravía.

En la época á que se refiere nuestra historia, los realistas estaban en las cercanías de Chichihualco, y amenazaban á los insurgentes que no abandonaban aquellos contornos.

Luz había temido por Piedra-Santa y más por su hijo.

El tierno niño podía caer en poder de los realistas y ser una de tantas víctimas inmoladas á la barbarie.

Piedra-Santa creyó que debía trasladar á su familia á un punto seguro de la costa y entregarse descuidado á esa lucha, cuyo término señalaba el destino.

Adoptada esta resolución emprendieron la marcha.

La tarde iba cayendo en el ocaso, y la naturaleza nunca había dado un espectáculo más hermoso y encantador.

El viento había agrupado las nubes dándole esas formas que solo puede descifrar la imaginación y adivinar la fantasía.

Por allí grupos de fantasmas con sus sudarios, mas allá génios arrodillados con las manos vueltas al cielo, grupos de ángeles con alas blancas teñidas de púrpura, palacios inmensos, gigantes amenazadores, y allá mas allá todavía, un mar de olas de fuego y la luna creciente, meciéndose como una barquilla en el Océano de espuma y olas de escarlata.

Las arboledas cruzadas por los últimos rayos solares, y el vapor de la tierra cayendo en polvo de oro, formando un cambiante de luz encantador.

El agua quebrándose con tumbos sobre las rocas, reflejando aquella lluvia de matices y decorándose con las galas de la tarde.

Las flores con sus corolas vuelta al sol dándole su despedida, y las mariposas revolando por doquiera sintiendo el enfriamiento de la atmósfera precusor de la noche.

El aleteo de los insectos que siguen en grandes grupos por todas direcciones con su eterno zumbido, y sobre aquel mundo que iba desapareciendo en las sombras trasparentes del crepúsculo, en un velo dulcísimo de melancolía, en una atmósfera de soledad y de silencio.

Luz conversaba intimamente con su esposo, llevando en su regazo á Edmundo.

—Que bien te conoce ¿no es verdad? se sonríe cada vez que lo acaricias.

—¡Hijo mío! exclamó Piedra-Santa.

—Alfonso, tú estás triste, dijo Luz, no parece sino que el nacimiento de este niño te ha arrebatado la alegría.

—Luz, respondió Piedra-Santa, hasta hoy te había ocultado un secreto que voy á revolarte.

—Habla, Alfonso mío.

—Tú y yo estamos predestinados á la desgracia, y nuestro hijo recibirá por herencia el infortunio.

—No te comprendo.

—Escúchame, esa *esmeralda* que llevo á mi cuello es el amuleto de una predicción espantosa... tú sin saberlo posees otra y las dos las heredará nuestro hijo.

—Yo no he visto...

—En el escapulario de tu hermano venía la piedra, y los vaticinios han dicho que al reunirse en un solo individuo las tres esme-

raldas dal collar de Xicoténcatl, la América será independente, pero el poseedor de las piedras morirá en la última batalia.

Luz abrazó instintivamente á Edmundo.

—Cuando yo tenía esperanza de ser el último de los de mi raza y regar con mi sangre el árbol de la libertad de mi patria, viene al mundo este niño, diciendo con su existencia que el día de la libertad se aplaza para la otra generación.

—Yo tengo un sentimiento profundo de egoismo, dijo Luz, acaso por el cariño inmenso que te profeso á tí y al hijo de mis entrañas, ¿qué me importa que se esclavice el mundo entero si tú vives? permanezca encadenado este suelo, yo no cambio mi felicidad por el tesoro mayor de la tierra... Piedra-Santa, lo que á tí te entristece á mí me alegra: este niño me dice que tú vivirás tranquilo á mi lado, y yo bendigo la hora en que Dios lo puso en mi seno.

Luz besó repetidas veces á su hijo y lo presentó á su padre para que lo acariciase.

—Tienes razón, Luz, dijo don Alfonso, yo mismo debo sacrificarme por ustedes, es lo único que halaga mi existencia y me hace pensar en el porvenir, conservemos la vida de este niño, ella es nuestra salvación.

Oyóse ruido entre los matorrales del camino, don Alfonso echó mano á su escopeta.

De entre la yerba salió un hombre casi desnudo, sin sombrero y con el cabello erizado como el de los salvajes.

—¡Alto! gritó Piedra-Santa.

—Viva la América, contestó la voz conocida de Vildo.

—Demonios, ¿quién te había de conocer?

—Yo soy el mismo, mi coronel.

—¿Qué haces aquí?

—Es largo de contar.

—Toma ese caballo y cuéntame esas aventuras.

El antiguo insurgente cuyo rostro comenzaba á descomponerse en diez años de campañas, saltó ligero sobre el caballo, y emparejando con el de sus amos se acercó á Luz.

—¡Válgame Dios! ¡y qué linda criatura!... todos los ojos de la señorita, y la frente de mi coronel... este sí que será un insurgente de primera, ya me parece que lo veo azotando realistas... ¡qué manos tan monas...! ¡vamos, ven conmigo, yo soy lo mismo que si fuera tu padre, tal vez mas cercano... se ríe...! ven, ven, aquí en mis brazos estarás más cómodo, yo no he tenido muchachos, sí, ya recuerdo, tuve uno que luego resultó ser de un señor müy rico, vamos, esta criatura me ha encantado.

Luz entregó á su hijo en brazos de Vildo.

El niño comenzó á jugar con las melenas del soldado.

—Tira recio, tira, decía Vildo, estos cabellos son de la patria.

—Y de donde sales ahora, preguntó Piedra-Santa.

—He corrido una mi coronel, que estoy vivo por milagro de Dios: figúrese usted que me aprisionaron los soldados de Iturbide, precisamente cuando iba á poner una banderilla y ¡zás! que me fusilaron.

—¿Cómo está eso? dio Luz.

—Como lo oyen sus mercedes, nos ahorcaron á todos los prisioneros é hicieron un fuego graneado de lo lindo, yo me hechè al suelo dándome por muerto, y me estuve entre la sangre hasta que á favor de la oscuridad pude fugarme.

—Es un milagro.

—Lo que no se me olvida es la figura de la niña María.

—¿De qué María hablas?

—De la esposa del capitán don Edmundo.

—Explícate.

—Se fugó del convento de México, y yo me la traía para Chichihualco cuando nos cayeron los realistas.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Como que los gachupines de la Córte me querían colgar como chorizon de Extremadura: luego resultó que me pusieron en libertad y que ya la monja no parecía; pero como yo soy devoto de las cuarenta mil vírgenes, cuando menos lo creía me topo con la monja, y ¡zás! que echamos á andar como desesperados, cuando en la hacienda de la Quemada nos atrapan... ¡Dios mío!... aquello fué una, que no se me olvidará mientras viva: figúrese mi coronel, que la mayor parte de los insurgentes quedaron nada más heridos, y no querían quejarse por temor de que los mataran.

—Ya vengaremos á nuestros compañeros.

—A eso he venido.

—Decías que...

—Que no he podido olvidar á la niña María: ia pobre niña se ha trastornado completamente.

—¡Loca! exclamó Luz llorando.

—Sí, loca rematada: se echó á buscar al capitán Fonterravía entre los muertos; levantaba con una facilidad los cadáveres, que me dejaba asombrado... ¡demonio! la niña estaba llena de sangre, y con unos ojos tan grandes y espantados que daban miedo... cuando llegó la noche busqué á la señorita, y ya no la encontré: tomé mis rumbos, es decir, la montaña, huyendo de los realistas, cuando... ¡Ave María Purísima! veo á la loca atravesar enmedio de la tempestad, dando unos alaridos tan espantosos, que se me erizaron los pelos.

—¡Pobre María! murmuró don Alfonso.

—¿Dices que en estos lugares viste á mi infortunada amiga?

—Con estos ojos que se han de comer la tierra.

—¿Y no podremos averiguar dónde se encuentra?

—Me parece imposible; yo la he buscado y nada he podido averiguar.

—Es necesario recomendar á los insurgentes que la conduzcan á Chichihualco caso de encontrarla.

—Yo siento una pesadumbre horrible, dijo Luz.

Llegaba á este punto la conversación, cuando la loca que había percibido á los viajeros, lanzó una carcajada histérica que resonó en las montañas.

Detúvose aterrorizada la caravana.

—¡Es ella! dijo en voz baja Vildo,

—¡Ella! murmuró Luz.

El insurgente entregó á Edmundo en brazos de la madre.

La loca bajó pausadamente por el declive de las rocas, y se fué aproximando á sus amigos.

—¡María! ¡María! gritó Piedra-Santa.

La joven pareció no escuchar.

Luz adelantó su caballo.

—¡María, amiga de mi alma!

—¿Eres tú, tú Luz de mi vida?... pero no, estoy loca... loca...

—No te engañas, yo soy tu amiga, tu hermana.

—Ya te reconozco,., ten lástima de mí... los pesares me han arrebatado el juicio... me persiguen... oye las campanas del convento... es la rogativa por mí... estoy espirituada... ¡Dios me ha condenado!

--María, sosiégate, somos nosotros.

—Ya estoy á los pies del altar arrepentida... escucho las oraciones que caen sobre mi cabeza como la lluvia del cielo...

—¡Perdida! ¡perdida! exclamó Piedra-Santa.

—¡Amparadme! ¡amparadme! gritaba la loca, yo estoy condenada en el mundo... él ha desaparecido... me lo han arrebatado... allí, allí está muerto, y muerto para siempre...

—Cálmate, insistía Luz.

—¿Y este niño? preguntó la loca fijando sus ardientes miradas en la criatura.

—Es mi hijo, es Edmundo.

—¡Edmundo!... ¡Edmundo! ¡luego es mío¡ gritó con furia, y antes de que pudiera evitarlo, y ligera como un rayo, arrancó al niño de los brazos de Luz y corrió por las rocas hasta detenerse en una pendiente horriblemente peligrosa.

Piedra-Santa y Luz siguieron á la loca, pero se detuvieron ante el inminente riesgo que corría su hijo en brazos de aquella desgraciada.

Luego que la loca estuvo en la última roca de la pendiente, comenzó á asomar al niño en el precipicio.

Edmundo se reía con la inocencia del serafín.

—Edmundo han dicho, gritaba con furor, Edmundo es mío.

—¡Compasión!... ¡compasión! exclamaba la infeliz madre, recibiendo la agonía horrible de la tribulación.

—Ven, ven, decía don Alfonso con voz trémula, voy á devolverte á tu esposo, aquí está con nosotros.

—Tú, gritó María rechinando los dientes, tú me lo robaste... lo recuerdo perfectamente... allí frente á esa casa testigo de nuestros amores... tú lo hiciste prisionero y lo asesinaste,..

—¡Mientes! gritó don Alfonso, fué Jacinto Castaños.

—¡Ah! sí, sí, el hermano de esa mujer... ¡gracias Dios mío!... gracias... tú quieres que me vengue... que vengue yo su sangre... este niño es hijo de esa mujer hermana de mi verdugo.

—No, no lo harás, yo me arrodillo á tus pies, mírame María, reconóceme, compasión de un desdichado padre.

—¿Quién ha tenido compasión de mí?... el templo se ha cerrado y las casas de los hombres... ¡pero yo me vengaré! ¡yo me vengaré!

—Siento la muerte, decía Luz, Dios mío, mátame, mátame por compasión.

Aquella escena era espantosa: la loca parecía una figura del infierno sobre el pico de la roca, el viento esparcía sus cabellos y los girones destrozados de sus vestidos.

Aquel cuadro tenía por fondo los últimos celajes que parecían fajas de sangre tendidas en el horizonte.

La naturaleza parecía callada ante aquel espectáculo conmovedor.

El insurgente probaba arrastrarse como una serpiente por entre las rocas, para apoderarse de María y evitar la consumación de aquel crimen.

Los padres de la criatura apuraban gota á gota aquel licor emponzoñado, y la loca se herguía en la altura, y medía el precipicio con cierta especie de ferocidad abominable.

Vildo seguía arrastrándose por los matorrales, y ya estaba á corta distancia.

Piedra Santa tendía sus brazos queriendo alcanzar á su hijo como si él pudiera extender sus alas y volar al seno de su padre.

—Esperas en vano miserable, gritaba María, Dios pone en mis manos el rayo de la fatalidad... este niño tiene la sangre del verdugo de mi Edmundo, y vá á bajar al abismo por él.

Aquella mujer impía azotada por la cólera de Dios, lanzó á la criatura al abismo, y lanzó carcajadas estridentes, que apagaron el eco de los golpes que iba dando el niño contra las peñas.

Luz cayó sin sentido. Piedra-Santa llevó las manos al corazón, y murmuró con voz cavernosa:

—¡El destino!... ¡Dios!... ¡las predicciones!...

Cuando Vildo quiso arrojarse sobre María, esta había tomado un sendero extraviado, gritando palabras estrañas y cantando como el pájaro de la muerte.

III.

Hemos visto á Jacinto Castaños presenciando desde lo alto de la gruta la escena de María con los restos de su esposo.

El realista escuchó el andar de los caballos de la caravana, y se ocultó para observar tras de las piedras.

Luego que sus miradas de águila se posaron en los insurgentes, reconoció á Piedra-Santa y á su hermana Luz: su primer instinto fué el de hacer fuego sobre ellos; pero lo detuvo una idea siniestra.

—Si le mato, murmuró Jacinto, quedo solo y dueño de las *esmeraldas*, y la independencia de América está consumada; dejémosle vivir para su propia condenación: ese niño debe ser su hijo, la muerte aplazó la realización del horóscopo: volvemos á ser tres los herederos del collar de Xicoténcatl.

En ese momento vió encaminarse á la loca hacia los viajeros, hablar con ellos y después arrebatar al niño, y finalmente contempló con horror la muerte impía de aquel ángel.

Jacinto descendió á toda prisa por la escarpada cuesta, y recojió el cadáver ensangrentado del niño.

—¡Dios eternos! exclamó al ver en la garganta de la criatura el escapulario con la *esmeralda;* ya soy dueño de la otra piedra, el infierno se conjura contra mí.

Cuando don Alfonso lleno del dolor más profundo y poseido de la rabia más espantosa descendió á la barranca en busca de su hijo, vió á Jacinto Castaños huir, llevando en sus manos el amuleto.